

LA DAMA DE LA ROSA

Estupenda producción interpretada por la bellísima estrella
KATTERINNE MAC DONALD



..... LAS JOYAS DE LA PANTALLA
..... BIBLIOTECA Redacción y Administración:
..... CINEMATOGRAFICA Mora de Ebro, 141-BARCELONA

25 Cts.

LAS JOYAS DE LA PANTALLA

LA DAMA DE LA ROSA

Versión literaria de la hermosísima co-
media cinematográfica de igual título,
creación de la bellísima estrella

KATTERINE MAC DONALD

• • •

Exclusiva: L. GAUMONT
Paseo de Gracia, 66. - BARCELONA

• • •

BIBLIOTECA CINEMATOGRAFICA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
MORA DE EBRO, NÚM. 141 -- BARCELONA



LA DAMA DE LA ROSA

Prólogo

En la propiedad Pitman, en otro tiempo, una de las más ricas plantaciones de la Luisiana y que actualmente pasaba por días adversos, vivía la viuda Leonor Pitman, que se casó por amor y sufrió la gran desilusión de ver que ni el amor puede hacer olvidar al dinero. Mujer frívola y de escaso talento, se pasó la vida, desde entonces, deseando todo lo que estaba fuera de su alcance.

Vivía la viuda Pitman con su hija Virginia, preciosa muñequita de ocho años, en cuyo porvenir la madre pensaba vivir de nuevo, y con su hijo Roberto, el Benjamín de la casa, un muchacho recio y travieso, pero bueno en el fondo.

Desde pequeña, Leonor Pitman, fué educando a su hija en el deseo de la riqueza y del lujo e inculcando en su alma virgen,

con lecturas de príncipes poderosos y humildes pastorcillas, la idea de que la mujer debe tener su trono en el reinado del oro.

I

Pasaron los años y Virginia, educada pesimamente por su madre, era ahora una linda joven en cuya belleza estaban cifradas todas las esperanzas de la familia.

Para el coronel Jaime Singleton, el hombre más rico de Luisiana, no había pasado inadvertida la bella transformación de la chiquilla de años atrás.

Jaime Singleton visitaba con excesiva frecuencia a la familia Pitman. Ya en el ocaso de su segunda juventud, juzgaba que su casamiento con Virginia sería un digno remate a su vida de don Juan.

La señora Pitman, a pesar de que vivía abrumada bajo el peso de las deudas, se había valido para conservar las apariencias y veía con buenos ojos las continuas atenciones del coronel para con su hija, pensando que esta boda volvería a poner a flote el antiguo esplendor de la casa.

Cierta tarde, mientras tomaban el refresco con dos antiguas amigas, sentados en la plazaleta del jardín de la casa, la señora Pitman le dijo al coronel:

—Roberto me habló de su participación económica en las carreras de automóviles de San Luis... ¿Naturalmente irá usted?

Y aun gesto afirmativo de Singleton, continuó:

—¡Cómo le envidio! Virginia y yo nos morimos de ganas de ir a la ciudad. A ella le gustan tanto las carreras...

El coronel comprendió bien pronto el significado de aquellas palabras y se apresuró a invitarlas.

En aquel momento llegaba Virginia, que había entrado a cambiar su traje de amazona por otro de casa y su madre le dijo al verla:

—Virginia, el coronel acaba de invitarnos a que vayamos con él a las carreras... ¿Verdad que es una encantadora sorpresa?

Y sin esperar la contestación de la joven, quedó señalada para el día siguiente la marcha a San Luis.

* * *

Dos días después, en el Hotel Savoy, de San Luis, madre e hija ojeaban las revistas de modas para reponer su vestuario, cuando llamaron a la puerta y se presentó un «botones» que entregó a Virginia una carta del coronel, que decía:

«Virginia: Le agradeceré mucho que usted y su mamá vayan esta mañana con mi auto

a las carreras para tomar las entradas. Esta tarde habrá mucha gente y no será posible acercarse a la taquilla.

Jaime Singleton.

—Bien. Que dentro de media hora iremos —contestó la madre a quien su hija le había leído la carta. Y luego dirigiéndose a ésta, empezó a alabar la conducta del coronel, diciendo:

—¡Qué hombre tan admirable el coronel! Piensa en todo... ¿No es verdad que sería el marido ideal para cualquier mujer?

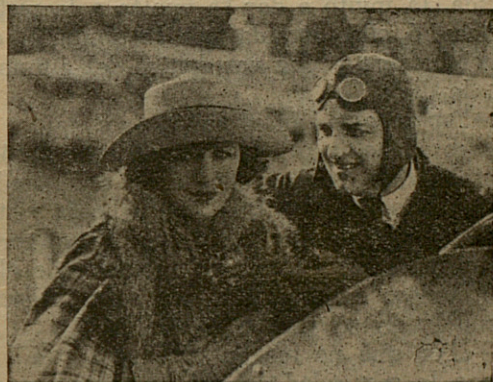
Pero Virginia no pensaba así. Su alma pura había volado muchas veces hacia las nubes rosadas de la quimera, hacia las nubes blancas que envuelven el sol del amor y solamente en él creía. En ella no había hecho mella, como en su madre, la ambición del triunfo material, de la vida cómoda y lujosa. Despreciaba las joyas y las galas si, para conseguirlas, tenía que vender su corazón al mejor postor que lo comprase en el inmenso «mercado matrimonial».

II

Aquella misma mañana, tal y como lo había decidido la señora Pitman, fueron al hipódromo, acompañadas del coronel, que no

las abandonaba un momento desde que llegaron a la ciudad.

Después de haber adquirido las localidades entraron a la pista, donde varios corredores se estrenaban para la carrera de la tarde.



—¿Por qué no me dá Vd. esta rosa?—le dijo Hawkins

Uno de ellos era Ernesto Hawkins, que tomaba parte en las carreras para gustar el agrio placer de desafiar a la muerte.

Impulsada por la curiosidad de ver de cerca uno de aquellos coches que dentro de poco habían de disputarse el premio, Virgi-

nia se acercó al de Ernesto, mientras éste revisaba su motor.

Al irse a retirar, la falda de la joven se prendió en el estribo del coche y Hawkins, con delicada galantería se ofreció a desprenderla.

Este percance dió lugar a que los jóvenes cambiaran algunas palabras y Ernesto, deslumbrado por la belleza de su joven desconocida, la invitó a dar la vuelta a la pista.

Accedió ella, atraída por la simpatía de aquel hombre y una vez dentro del automóvil, le dijo:

—Espero que ganará usted.

Pero él había olvidado la carrera, y sólo pensaba que estaba sentado al lado de la mujer más hermosa que jamás había visto. Ante la idea de que tal vez no la volvería a ver más, quiso tener un recuerdo de ella y, fijándose en una rosa que se embellecía prendida en su pecho, le suplicó:

—¿Por qué no me da usted esa rosa?... Tengo la seguridad de que es portadora de la suerte.

No supo ella qué contestar, una fuerza extraña a su voluntad impulsó a su mano, que como nivea paloma, se posó en su pecho, y arrancándose la flor, se la ofreció al joven que puso en ella un beso apasionado.

Mientras tanto, el coronel Singleton explicaba a la señora Pitman, todos los detalles de la carrera de aquella tarde.

Cuando volvieron al lugar en que estaba

Virginia, del cual se habían apartado distraidamente, vieron que ésta emprendía con Ernesto una carrera, desenfrenada.

El coronel, puesto en medio de la pista, hizo detener el automóvil y cuando hubo parado se dirigió en tono amenazador a Hawkins y le dijo:

—Puede usted arriesgar su vida tantas veces como quiera, señor, pero respete usted la de esta señorita!

—Coronel Singleton — intervino Virginia para evitar que la discusión continuase—. Si alguien ha faltado, he sido yo solamente.

Y ofreció su mano de princesita encantada a Ernesto, despidiéndole con el rostro iluminado por una divina sonrisa.

Al contacto de aquella mano, que pareció transmitirle por todo su ser un delicioso ardor, Virginia se estremeció, como despertando de un ensueño. Una íntima alegría, hecha de ternura, de júbilo, de esperanza, de un sentimiento desconocido, le dilató el pecho; alzó los párpados y vió todavía cerca de ella el rostro simpático de Ernesto que la miraba con dulzura... Un gozo loco le hizo brincar el corazón y sus labios temblaron como si acabaran de recibir el beso que momentos antes el joven había dado a la rosa.

Sin pensarlo poco, ni mucho, como tenía por costumbre en casos parecidos, la señora Pitman compró aquella tarde vestidos y más vestidos y al día siguiente, cuando el mo-

disto Belisario Maurice, que se enriquecía explotando la vanidad de las mujeres, se presentó a cobrar la cuenta. La viuda se vio en la necesidad de decirle:

—Señor Maurice, me había olvidado de decirle que estas compras tienen que ser a créditos...

—¡Pero señora, eso imposible! — repuso el modisto—. Le he hecho a usted precios de contado rabioso!... Por lo menos, necesito un anticipo relativamente considerable...

—Puedo darle las mejores referencias... En todo el Estado de Luisiana es conocida la honorabilidad de los Pitman.

—Señora. Lo siento en el alma... pero si no me hace usted un anticipo de quinientos dólares, por lo menos, tendré que llevarme los vestidos.

La entrada del coronel Singleton vino a solucionar la cuestión. Enterado de lo que se trataba, anticipó a la señora Pitman el dinero que necesitaba, y que ésta procuró justificar, diciendo:

—He comprado más de lo que pensaba y me dejé olvidado en casa el libro de cheques.

De regreso en su hogar, Leonor Pitman, explotando la atmósfera de expectación que había causado su viaje a la ciudad, dió una fiesta en sus salones, evocadora de la Luisiana de cincuenta años atrás.

Virginia, en el salón principal, recibía el homenaje de sus muchos admiradores, la fra-

gancia de la adulación, el incienso del triunfo de su belleza...

Verdaderamente Virginia, estaba aquella noche admirable. El cuello desnudo, torneado y mórbido, se prolongaba en la línea de sus hombros de nieve, amplios y estatuarios... Y los brazos, como dos serpientes, parecían



.. Belisario Maurice se presentó a cobrar la cuenta

incitar a la dulce agonía del dogal tibio...

La fiesta hacía tiempo que había empezado y el coronel Singleton no se había presentado todavía. La señora Pitman esperaba en la puerta la entrada de todos los invitados, impaciente por la inexplicable tardanza del coronel.

Por fin se presentó éste y la señora Pitman llamó a su hija para decirle:

—Virginia, acabo de decirle al coronel que has reservado este baile para él.

Y luego, aprovechando un momento a solas, le suplicó:

—Seguramente se declarará esta noche, Virginia... ¡Por favor, haz un esfuerzo de voluntad y piensa en mí... piensa en nosotros todos!

El coronel Singleton, en vez de bailar, invitó a la joven a salir un rato a la terraza y, una vez en ella, empezó diciendo:

—Virginia, es usted la mujer más bella que he visto en mi vida.

—¿Se trata de una declaración, coronel? —preguntó ella, haciendo un esfuerzo para satisfacer el ruego de su madre.

—En efecto. ¿Quiere usted ser mi esposa?

Aún tuvo Virginia voluntad para callar y bajar la cabeza en señal de asentimiento, pero cuando vió cerca de ella la cara del coronel y sintió que su rostro se quemaba con el aliento de aquellos labios, trémulos de insano deseo, su repugnancia fué tanta, que venció todo el convencionalismo que su madre había querido imprimir en su alma, y confesó:

—¡No, no!... ¡No quiero... no puedo! — Y huyó como paloma asustada del temible gavilán que intenta aprisionarla.

III

Al entrar de nuevo al salón, su madre que esperaba ansiosa el fin de aquella entrevista, le preguntó:

—¿Se declaró?

—Sí... pero yo rehusé.

—¡No puedo, mamá, no puedo!... Creía que iba a poder dominar mi repulsión... pero cuando me tocó... ¡Oh, entonces sentí que se rebelaba todo lo que hay todavía de digno y de puro en mi alma.

Mientras tanto el coronel había entrado en la sala de juego, donde estaba Roberto con varios amigos, ajeno a cuanto su madre tramaba alrededor de su hermana.

En aquel momento, el despecho impulsó al coronel Singleton a olvidar su caballerosidad, para cometer una villanía.

Sentado con varios invitados, dijo en voz alta de forma que pudiera ser oído por todos:

—Amigos míos, van a tener ustedes que felicitarme...

—Creo adivinar — exclamó uno de los presentes.

—¿Usted y Virginia son ya prometidos, no es eso?

—Si fuera eso, amigos míos, no les pediría felicitaciones, sino pésames... Por ahora no tengo el propósito de casarme con ella...

¿Para qué?... ¿No saben ustedes que soy yo quien paga sus vestidos?

Al oír esto, Roberto no pudo contener su indignación, y exclamó:

—¡Lo que acaba usted de decir es una mentira y una infamia!

—¡Coronel, retire usted ahora mismo, en público, lo que ha dicho y presente sus excusas, o no respondo de mí!

Ante la negativa del coronel, Roberto, impulsado por su carácter vehemente, se abalanzó sobre Singleton y cuando pudieron separarlos, el coronel yacía muerto en el suelo.

Y así, la familia Pitman se vió envuelta en el escándalo de un proceso sensacional.

Para las dos mujeres vinieron días de dolorosa angustia, sin saber qué suerte correría Roberto, hasta que llegó la fecha de la vista y pasaron por el dolor de ver sentado, al ser querido, en el banquillo de los acusados.

Pero estaba escrito que madre e hija debían pasar todavía por más terribles vergüenzas.

Entre los testigos estaba el modisto Maurice, a quien el juez preguntó:

—Tenga usted la bondad señor Maurice, de decirnos qué sucedió en el Hotel Savoy durante su visita a las señoras Pitman.

—Yo suministré los vestidos que se me pidieron, cuyo importe se eleva a la suma de mil setecientos dólares. Las ventas a crédito que hago nunca alcanzan esa cantidad;

entonces le dije a la señora que me llevaría lo comprado si no se me abonaba algo en concepto de primer plazo. En esto llegó el amigo rico y me dió un cheque por quinientos dólares.

El Tribunal se retiró a deliberar y, después de sesenta horas de ansiedad, se presentó de nuevo en la sala, para declarar que se confesaban incapaces de pronunciar un veredicto de culpabilidad, puesto que ésta no aparecía suficientemente demostrada.

* * *

De nuevo en su casa de Luisiana, hicieron las dos mujeres el balance de sus fondos, que arrojó un resultado alarmante.

—Tenemos en total unos dos mil dólares, mamá, y debemos mil doscientos por los vestidos, pero no te apures, nos iremos a vivir a la ciudad, y allí no me faltará trabajo.

Y como si el drama no hubiese sido más que un mal sueño, Leonor Pitman seguía pensando que sólo en una boda de conveniencia estaba la solución de su gran problema económico.

—Hija mía te digo hoy lo que te he dicho siempre, tendrás que casarte...

—Pero mamá, por Dios, ¿no comprendes que después de este escándalo mi reputación está por los suelos? ¿Dónde está el audaz que se atreva a casarse conmigo?

—Escucha, hijita, escucha lo que se me

ocurre... Podemos marcharnos a otra parte... y nadie nos reconocerá, porque usaremos mi apellido de soltera...

Tú eres muy bonita... lo sabes... y es de suponer que no vas a tardar mucho en encontrar marido...

Y una vez más los ambiciosos consejos de la madre se impusieron a las razonadas protestas de la hija.

IV

Algunos días después y bajo el nombre de las señoras Fairbon, Leonor Pitman y su hija se trasladaron a un elegante balneario, a la vez que poco concurrido, en el que para espantar el tedio, todos los labios se entregaban a la «dulce» murmuración.

El interés de todos los veraneantes, en aquellos días, era averiguar la vida y procedencia de las señoras Pitman.

Como la imbecilidad es una enfermedad universal, que existe en todas las partes del mundo, en el balneario estaba representada por Cúpero Calvert, un niño gomoso, más conocido por el sobrenombre del «Noticiero», que hubiera dado con gusto diez años de su vida por un chisme interesante.

Después de la hora del baño, los bañistas solían sentarse en la amplia terraza del hotel, donde se comentaban los escasos acon-

tecimientos del día, siendo, en aquella fecha el tema obligado, la murmuración de las nencias viejas, cuya incógnita aún no había podido ser descifrada.

—Seguimos sin saber de dónde vinieron



Verdaderamente, Virginia estaba aquella noche admirable

esas señoras de Fairbon. ¿Quiénes serán?—preguntó una de las damas.

—¡Bah! ¡Un par de aventureras! —repuso Calvert.

—Tal vez. Pero, aunque es difícil tomarlo

en serio, parece que le han echado las redes a Arturo Gordón.

—¡Ese caerá! ¡Ya lo creo que caerá!... ¡Hace falta humor!

Algo apartado del grupo de murmuradores, leía tranquilamente el periódico, el señor Blakelok, un abogado criminalista, que también veraneaba allí con su familia y, de quien se decía que jamás había perdido un pleito.

Tal vez por el cariño que Virginia había demostrado por su pequeño Fernandín, o bien, por el malestar que le producía cada vez que oía hablar a aquel chismoso, la cuestión es, que no pudo contenerse y le dijo:

—¡Vamos no haga usted tantos ascos Calvert! Yo tengo entendido que usted estuvo también a punto de «caer»... sólo que la madre de esa joven procuró sacudírselo de encima, quizás por no creerle suficientemente interesante.

Quiso replicar el aludido, pero la presencia de las damas cortó la conversación y Fernandín corrió a abrazar a Virginia que acompañada de Arturo, continuó su paseo, mientras que su madre se reunía al grupo formado por los demás veraneantes.

La conversación se generalizó y al poco rato se presentó un «botones», portador de un telegrama para la señora Pitman, que al verlo no pudo ocultar su emoción y dijo para disimular:

—Los telegramas me ponen siempre ner-

vioso... Pero no tendré más remedio que abrirlo...

Lo primero que hizo fué leer la firma y una palidez cadavérica se pintó en su rostro, pero aún tuvo fuerzas para sonreír y continuar la lectura del telegrama, que decía:

«Si no paga usted antes del sábado más 1.200 dólares, la enviaré a hacer compañía a su hijo».

Conteste telegráficamente

Maurice.»

—¿Alguna buena noticia? —preguntó una de las damas.

—Nada de importancia... Un antiguo admirador de Virginia que dice que vendrá a hacernos una visita—contestó la señora Pitman, a la vez que se levantaba y se dirigía hacia el interior del hotel, para contestar al modisto.

—¡Un antiguo admirador!... —exclamó la misma que antes hizo la pregunta—. ¡Y la infeliz se va convencida de que lo creemos!

—Me gustaría saber lo qué es en realidad... Esa mujer se ha puesto pálida—comentó el gomoso Calvert.

Y, decidido a averiguar la verdad de aquel telegrama, entró al hotel en el mismo momento en que la señora Pitman entregaba a la telegrafista la contestación para Maurice.

Por más que hizo para convencer a la muchacha que le informase de lo qué decía,

ésta se negó a hacerlo, pretextando el cumplimiento de su sagrado deber y ya iba a abandonar la partida, cuando en el secante pudo leer:

B. Maurice.—Modisto.—San Luis.

Por favor, espere usted. Mi hija se casará pronto con un hombre de fortuna.

Leonor Fairbon

Una vez en posesión de tan estupenda noticia, corrió, como alma que lleva el diablo, para comunicar a las demás señoras el resultado de su investigación.

—Vamos a ver quién le hace la ropa — propuso después de soltar el notición. Y un grito de alegría y satisfacción se escapó de su pecho.

—¡Maurice! ¡El mismo del telegrama!...

—Un modisto que teme ser timado!

Y como el artista, orgulloso de su obra, así aquel imbécil se vanagloriaba de su triunfo.

* * *

La casualidad, dueña y señora de alternar en muchas ocasiones el curso de los acontecimientos, llevó hasta aquel lejano balneario al joven Ernesto Hawkins, que desde el día de las carreras no había podido apartar de su imaginación el dulce recuerdo de su bella desconocida.

Al verla salir del hotel, su sorpresa fué

tan grande que, sin fijarse en Arturo, se dirigió a ella, y le dijo:

—Qué encuentro tan agradable, mi linda dama de la rosa!

—Me parece mentira esta dicha... Yo temía haberla perdido a usted para siempre.

Ante la presencia de Ernesto, sintió Vir-



—¡No, no!... ¡no quiero!... no puedo...

ginia que su corazón latía con más fuerza que nunca y en sus ojos se reflejó la inmensa alegría que inundaba su ser.

Cuando volvieron a quedar solos, la joven quiso explicar a Arturo su amistad con Ernesto, diciéndole:

—El señor Hawkins y yo somos de la misma ciudad—. La verdad, para tratarse de un

mero conocimiento, las palabras y los gestos de ese señor me parecen demasiado expresivos — contestó, algo molesto, el futuro esposo de Virginia.

Pasaron algunos días sin que ningún incidente de importancia alterase la vida monótona del balneario y sin que disminuyese el ambiente hostil que se había formado en torno de las señoras Pitman.

Uno de aquellos días, Gordón tuvo que marchar a la ciudad para asuntos de negocios y Ernesto, aprovechando su ausencia, procuraba hacerse el encontradizo con Virginia y acompañarla en sus paseos.

Una tarde, mientras Fernandín jugaba cerca de ellos, a la sombra de uno de los hermosos árboles que adornaban el jardín, Ernesto insistía en su pasión, diciendo:

—¡Mi dama de la rosa!... Cuanto me ha hecho usted soñar desde el día que la conocí!...

—Comprendo que soy un loco al pretender su corazón, pero mi amor por usted es tan grande y tan puro, que creo que puedo decirselo sin ofenderla.

—No, no es eso, Ernesto... es que soy la prometida de Arturo Gordón...

—¡Pero usted no le ama!

—Déjeme, se lo suplico... Aunque estuviese libre, no me casaría con usted.

Pero él continuaba hablando, y sus palabras sonaban en los oídos de la joven, como una dulce melodía arrancada de las cuerdas

de un arpa, por los mágicos dedos de un hada invisible.

V

No le convenció mucho al modisto Maurice el telegrama de la señora Pitman, y así, unos días después se presentó en el hotel preguntando por ellas.

—Han ido al parque, donde se celebra un festival de caridad... La señora Fairbon es una de las organizadoras — le respondió el dueño.

Leonor Pitman, con el fin de figurar y exhibir a su hija, había organizado aquel festival en el que se representaba una función, actuando Virginia como protagonista.

Hasta aquel momento, todo había salido a medida de su deseo, pero cuando salió Virginia, y vio al modisto entre los espectadores, le faltó las fuerzas y cayó desmayada, ante el asombro de cuantos presenciaban el espectáculo.

El primero en subir fué Ernesto, que comprendió que la presencia de aquel desconocido había originado el desmayo de la joven y una vez que ésta se repuso y fué auxiliada por las demás mujeres, se acercó al modisto y le dijo:

—Me va usted hacer el favor de marcharse de aquí inmediatamente.

El usurero trató de oponerse, pero de nuevo Ernesto le amenazó:

—¡Le he dicho que se vaya usted y no me gusta repetir las cosas! Todavía llegará usted a tiempo para tomar el tren de las cinco.

La actitud de Ernesto era tan poco tranquilizadora, que el modisto, viendo que la cosa se agriaba, decidió seguir el consejo que se le daba.

Aquella noche, Virginia, a solas con su madre, lloraba la vergüenza del escándalo producido y hubiera preferido morir, antes que continuar arrojando las burlas y las sátiras de los murmuradores del hotel.

—¡Mamá, esto no puede continuar! ¡El escándalo me persigue, me acompaña a todas partes!... ¡Yo no puedo casarme con Gordón ni con nadie!

—No laves las cosas hasta ese extremo, hijita... Una vez casada, tu marido te perdonará todo...

—Ahora no podemos volvernos atrás... Tenemos que seguir hasta el final. No nos quedan más que cien dólares y mira la carta que he recibido de tu hermano:

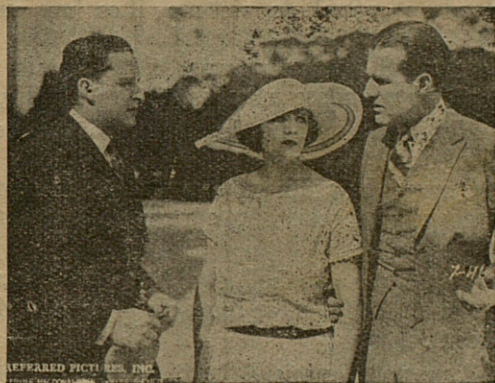
Virginia cogió la carta que le enseñaba su madre y leyó:

«...y hay veces, mamá querida, que pienso que voy a volverme loco. Es horrible esta situación de no saber si me tratarán como a un criminal o acabarán por absolverse. Mientras tanto, en esta celda ni dormir

puedo tranquilamente, pues las ratas me acompañan noche y día.

Domingo me ha dicho que Fermín y Roque estaban en el árbol aquella noche y oyeron declararse a Singleton. Quizás esto oriente un poco a mis jueces.

En el «hall» del hotel se comentaba sañu-



—¡Qué encuentro tan agradable, mi linda dama de la rosa!

damente el incidente de la tarde cuando entró Arturo Gordón de regreso de su viaje a la ciudad.

El encargado de ponerlo al corriente de todo lo sucedido fué, naturalmente, Cúspide Calvert.

—Diga usted... ¿y no sé sabe quién es

ese hombre? —Le preguntó Arturo, cuando aquél hubo terminado.

Por toda contestación el «Noticiero» le enseñó la etiqueta de los vestidos de Virginia y la copia del telegrama que su madre había enviado; y para asegurar el golpe de gracia, exclamó,

—Sin duda algún pobre muchacho está haciendo el papel de víctima. ¡Los hay ciegos!

En aquel momento, apareció Virginia y Arturo dirigiéndose a su encuentro, le dijo:

—Me alegro mucho de verla, porque necesito hablar con usted.

Salieron al jardín y una vez solos, Gordon abordó la cuestión sin rodeos, diciéndole:

—Virginia... yo he pensado siempre que mi mujer debía estar por encima de toda crítica...

—Y yo no lo estoy, Arturo — interrumpió la joven sin dejarle acabar la frase—. Soy una criatura humana llena de pecados y defectos. Soy Virginia Pitman... Quizás haya oído usted mi nombre antes de ahora...

—¡Cómo! ¿Es usted esa famosa mujer del proceso Pitman? — exclamó Arturo.

Ella no tuvo fuerzas para contestar. Incluyó la cabeza bajo el peso de su vergüenza, devolvió a su novio la sortija de prometida y vio cómo éste se alejaba, sin dirigirle una sola palabra de consuelo, del que tanto ne-

cesitaba su alma, noble y pura, a pesar de los vaivenes de su accidentada vida.

El cariño que Virginia había demostrado por Fernandín, hizo que el señor BlakeLock sintiera una viva simpatía por la joven y decidió auxiliarla en todo lo posible.

Cuando la vio salir con Arturo, después



En efecto a los pocos pasos se encontraron a Virginia...

de haber oído la conversación de Calvert, comprendió que entre los dos jóvenes iba a desarrollarse una escena bastante desagradable y, por lo que pudiera suceder, llamó a su madre y le dijo:

—Venga, señora, vamos a buscar a su hija. Es muy posible que en estos momentos necesite de usted.

En efecto a los pocos pasos se encontraron a Virginia que, al ver a su madre, se arrojó a sus brazos llorando y diciéndole:

—Arturo ha encontrado que yo no soy digna de él...

Y la joven llorando, no el desprecio de Arturo, puesto que no le amaba, sino la calumnia que rodeaba su vida, se dirigió hacia el hotel, acompañada del señor BlakeLock, que procuraba consolarla, prometiéndole ir a la ciudad para encargarse del asunto de su hermano.

VI

Pasaron tres días desde la fecha memorable del escándalo, el señor BlakeLock, cumpliendo su palabra, había marchado a la ciudad y, en el hotel, era ya del dominio de todos la ruptura de relaciones de Virginia y Arturo.

Ernesto había estado durante este tiempo en la ciudad y al volver, Calvert no pudo resistir el deseo de ponerlo al corriente de los acontecimientos ocurridos durante su ausencia.

Se acercó a él y con su peculiar risa de imbécil, le dijo:

—Ahora que recuerdo usted falta de aquí desde la tarde del escándalo... ¿No se ha enterado usted entonces de la novedad? En todas partes no se habla más que de eso... Arturo Gordón ha dejado con un palmo de

narices a la señorita «Hombros blancos».

—¿Se refiere usted acaso a la señorita Fairton?

—Naturalmente. Ella quería cazarlo, pero él tuvo a tiempo noticias de su pasado...

Al oír insultar a la mujer adorada, Ernesto sintió como si una nube de sangre le privara de la vista y zarandeando enérgicamente al «gomoso» le gritó:

—¡Canalla! ¡Si vuelve usted a manchar con sus labios el nombre de esa señorita, le voy a...

—¡Aquí está Gordón! — pudo al fin hablar Calvert—. ¡Pregúnteselo a él mismo! ¡Delante de todos dijo que Virginia Fairton era indigna de ser la esposa de un hombre honrado!

Entonces avanzó hacia Arturo y le dijo:

—¡Retire usted ahora mismo sus palabras!

Pero Virginia, que había tenido tiempo de oír las últimas palabras de Cúpido, intervino diciendo:

—Lo que dijo Gordón es la verdad, Ernesto vamos a separarnos para siempre... pero antes quiero hablar a solas con usted...

En el mismo automóvil de Ernesto, los dos jóvenes corrieron leguas y leguas, y en la calma de la noche, Virginia desplegó su alma entera ante los ojos del hombre amado y le confesó toda su vida.

Al terminar la narración de todas las desgracias que habían amargado su existencia, le dijo:

—Ya sabe usted la verdad... Tengo una reputación pésima... mi hermano mató a un hombre que me calumniaba... No, Ernesto, no puedo ser la mujer de ningún hombre honrado.

—Yo nunca le dije a usted todo esto, porque creía que no volveríamos a vernos y deseaba que se acordase usted de mí como de la mujer de sus sueños...

—Permítame una pregunta, Virginia—interrumpió él—. Será usted capaz de quererme un poquito? Hay veinte millas desde aquí a casa del cura. Pondremos toda la marcha.

—¡No, Ernesto, no... no puede ser! ¡Usted merece que su esposa sea absolutamente inmaculada y mi nombre está en boca de todas las gentes.

A pesar de ello, él había visto en los ojos de su amada el fuego de su amor y, sin hacer caso de la contestación de la joven, puso el automóvil a toda marcha, hacia el sitio en que vivía el párroco.

Pero muchas veces los destinos de los hombres están a merced de una ráfaga de viento... y las luces que iluminaban el cartelón del puente, advirtiéndolo el peligro de que éste estaba roto, estaban apagadas y el automóvil, al llegar a él, cayó desde lo alto haciéndose astillas.

La primera en recobrar el conocimiento fué Virginia que no supo nunca si transcurrieron horas o segundos... Fueron, eso sí, momentos de agustia inenarrable, con la ame-

naza del fuego, el miedo de la explosión... hasta que por fin, en medio del silencio de la noche, la bocina de un auto a lo lejos, amenazaba correr el mismo peligro que ellos y ante el temor de que otros viajeros corrieran su misma suerte, Virginia hizo un supremo esfuerzo y consiguió subir a la carretera.



Y una vez más, triunfó el amor...

A sus gritos detuvo el coche y la sorpresa de la joven no tuvo comparación, al ver que de él salía su hermano, acompañado del señor Blakelock.

Entre todos recogieron el cuerpo inanimado de Ernesto y volvieron al hotel, donde se le hizo la primera cura.

También Virginia había sufrido serias contusiones y los médicos la obligaron a guardar cama durante varios días.

El accidente obró el milagro de que todas las críticas se convirtieron en alabanza y algunos días después la señora Pitman le decía al abogado:

—Lo que es lástima es que mi hija tenga que casarse con un hombre así... ¿cómo diría, yo?... ¡tan del montón!

—Pero señora, si Hawkins tiene en sus venas la sangre más azul de todo Kentucky... Y en cuanto a dinero podría comprar diez veces la fortuna de Arturo Gordón.

Mientras tanto, Virginia, tenaz en su idea de creerse indigna de ser la esposa de Ernesto se negaba a las súplicas del joven, diciendo:

—¡No, no y no! ¡No quiero que todo el mundo critique a su esposa.

—¡Pero si ya nadie la critica... Si en estos momentos todos la ponen a usted por las nubes.

—¡Qué raro!... Habrá que creer que hay milagros — repuso la joven.

Y una vez más triunfó el amor, la verdad eterna, calor y vida, aureola y promesa, beso de la dicha y semilla de la felicidad.

